

EL CONTEXTO

Con la denominación común «Mártires de Uganda» se indica a veintidós africanos del antiguo reino de Buganda (hoy una región de la república de Uganda) que sufrieron el martirio entre el 15 de noviembre de 1885 y el 27 de enero de 1887. A ellos habría que añadir otros mártires católicos no canonizados y otros pertenecientes a la Confesión anglicana, muertos también ellos por la fe cristiana durante la misma persecución. Reinaba Mutesa I, que aprovechó la división entre los misioneros cristianos (católicos y anglicanos) para sus intereses. Frecuentemente el rey mismo provocaba los conflictos y fomentaba los enfrentamientos entre los dos grupos. Al cristianismo se añadió el islam llevado por los mercaderes árabes de esclavos. El conflicto entre las tres religiones acompañará la historia ugandesa. En este contexto ha de situarse la historia de los primeros mártires cristianos, católicos y anglicanos, que derramarán en comunión cristiana su sangre por la confesión de la única fe en Cristo. Fue un gran gesto de verdadero ecumenismo.

Con el paso del tiempo la atmósfera de la corte se volvió hostil a los cristianos. La situación se precipitó a primeros de noviembre de 1885, cuando el obispo anglicano James Hannington, que llegaba por primera vez a Uganda, y su escolta fueron masacrados por orden del rey, aconsejado por el *katikkiro* (primer ministro), que era enemigo de los cristianos. A la reacción viva e indignada de J. M. Balikuddembe, Mwanga respondió condenándolo a muerte. El 15 de noviembre de 1885 José se convierte en



protomártir de Uganda.

La condena a muerte de José Mukasa Balikuddembe fue el comienzo de una persecución general. Carlos Luanga se convirtió en el nuevo guía de los cristianos de la corte y Andrés Kaggwa, jefe de los músicos del rey, de los de la capital y zonas limítrofes. La noche del 17 de noviembre de 1885 el misionero llamado Mapéra bautizó a un nutrido grupo de catecúmenos. Muchos de ello, se convertirían, poco tiempo después, en los primeros mártires ugandeses.

Los temores del soberano

aumentaron posteriormente por la popularidad que entre los cristianos tenía su hermana Clara Nalumansi que, bautizada en la Iglesia anglicana en 1883, había entrado en abril de 1886 en la Iglesia católica. La locura del rey explotó y comenzaron las crueles ejecuciones.

El camino de los mártires de la corte real a Menga en dirección a la colina de Namugongo, localidad próxima a Kampala y destinada a su suplicio, fue un atroz vía crucis. El que rehusaba caminar era alanceado. Al lugar de la pira llegaron por la tarde del 27 de mayo, pero el suplicio no se consumó hasta siete días más tarde, el 3 de junio de 1886 (que aquel año era el día de la Ascensión), porque fue necesario recoger una enorme cantidad de leña. Cuando, por fin, se elevaron las llamas, sólo se oyó un coro de oraciones recitadas con voz firme y nítida. Un martirio más sádico y lento fue reservado al animador de los mártires, Carlos Luanga; desnudo y envuelto en una estera de papiro, lo ataron y echaron en la hoguera de leña ardiendo. Fue asado, como el mártir romano Lorenzo, a fuego lento. Procedieron por grados, hasta carbonizarlo por completo.

(Notas tomadas de F. González Fernández)

San Pablo VI sobre EL VALOR Y SIGNIFICADO DEL MARTIRIO

Todas las veces que pronunciamos la palabra “mártires” en el sentido que tiene en la hagiografía cristiana, debería presentárenos a la mente un drama horrible y maravilloso: horrible por la injusticia, armada de autoridad y de crueldad, que es la que provoca el drama; horrible también por la sangre que corre y por el dolor de la carne que sufre sometida despiadadamente a la muerte; maravilloso por la inocencia que, sin defenderse, físicamente se rinde dócil al suplicio, feliz y orgullosa de poder testimoniar la invencible verdad de una fe que se ha fundido con la vida humana; la vida muere, la fe vive. La fuerza contra la fortaleza; la primera, venciendo, queda derrotada; ésta, perdiendo, triunfa. El martirio es un drama; un drama tremendo y sugestivo, cuya violencia injusta y depravada, casi desaparece del recuerdo allí mismo donde se produjo mientras permanece en la memoria de los siglos siempre fúlgida y amable la mansedumbre que supo hacer de su propia oblación un sacrificio, un holocausto; un acto supremo de amor y de fidelidad a Cristo; un ejemplo, un testimonio, un mensaje perenne a los hombres presentes y futuros. Esto es el martirio.

Esta es la gloria de la Iglesia a través de los siglos. Y es un acontecimiento tan grande que la Iglesia se apresuró a recoger las narraciones de la «pasión de los mártires» y hacer de ellas el libro de oro de sus hijos más ilustres, el martirologio. Y fue tal la irradiación de belleza y grandeza que emanaron de ese libro que pudo ofrecer a la leyenda y al arte nuevas amplificaciones legendarias y fantásticas; pero la historia verdadera, que todavía halla su documentación en este libro, merece una admiración sin límites, es una alabanza a Dios, que obra grandes cosas en hombres frágiles, y es testimonio de honor para los héroes, que con su sangre han escrito las páginas de ese libro incomparable.

El cristianismo educa, liberta, ennoblece, humaniza en el sentido más alto de la palabra; abre los caminos a las riquezas interiores del espíritu y a las mejores organizaciones comunitarias. El cristianismo es la verdadera vocación de la humanidad; y estos mártires nos lo confirman.

(En la homilía de la canonización de los mártires)